



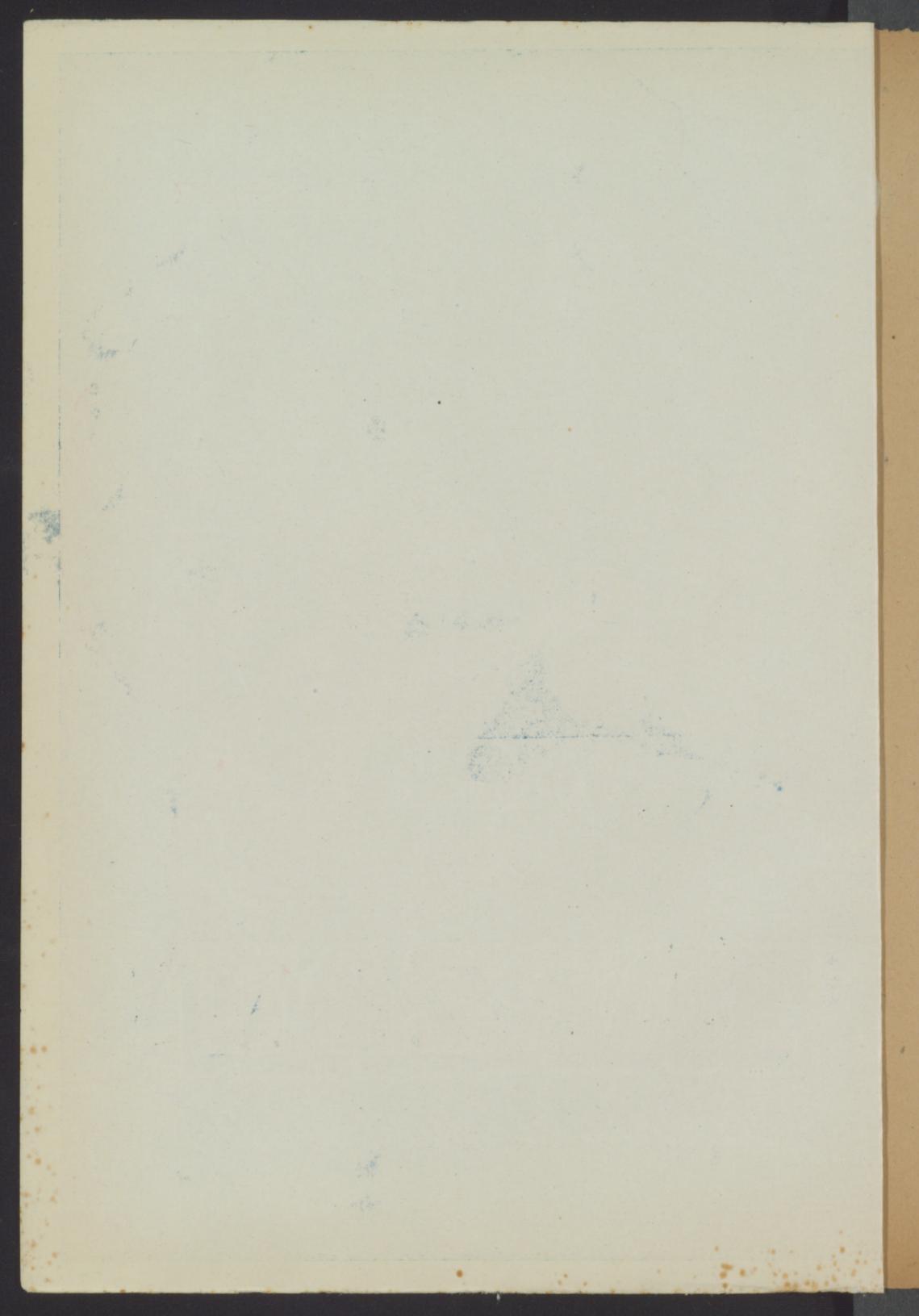
Ediciones Biblioteca
Films

Editorial APAS

Bajci TAMER
N.A. DUNCAN

TARZAN

contra el maul-maul





TARZAN
CONTRA
EL MAU-MAU

ARTES GRÁFICAS - ESTUDIO
Av. 18 de Octubre 384 - Teléfonos 32-06-23
BARCELONA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 27 06 57
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 707 :: BARCELONA :: Teléfono 70657
Valencia, 234 :: Dirección teográfica: EDITALAS

ACENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbará, 16, Barcelona - Ternera, 4, Madrid

EDITORIAL
"AEAS"

AÑO XXXI

SERIE ESPECIAL
NUM. 164

NUM. 413

filmax

Rosellón, 215

Barcelona

PRESENTA

Tarzán contra el Mau-Mau

PRINCIPALES INTERPRETES

BALCI TAMER

N. A. DUNCAN

Director

ATADENIZ

Narración literaria de

Agustín Piracés

—¿Nos queda todavía mucho trecho por recorrer, Ahmet?

—No se asuste usted, señor Tekin. Dentro de un par de horas, como máximo, descenderemos a la llanura. ¿Sigue gustándole a usted el África, señor Tekin?

—Acabaré por creer que sí. Para un periodista y cazador como yo, la vida de un país de misterio que a cada momento nos reserva emociones nuevas, resulta muy agradable.

—¿Y cuenta usted permanecer todavía mucho tiempo en estas tierras?

—Por lo menos dos meses, tiempo que considero necesario para llegar a conocer a fondo estos lugares.

—Me parece, señor Tekin, que se equivoca usted de medio a medio.

—¿Por qué, Ahmet?

—Porque yo ya llevo más de treinta años residiendo en esta tierra maldita, y me guardaría muy bien de afirmar que la conozco.

Esta conversación tenía lugar en una montaña árida y serpenteada por vericuetos que los dos interlocutores iban sorteando con habilidad de consumados exploradores. Les acompañaba un criado negro, llamado Bango, que tenía como principal misión llamarles la atención sobre los numerosos peligros que podían

derivarse de la presencia de numerosas alimañas que infestaban los bosques de Kenya.

Tekin era un periodista norteamericano, hombre inquieto, que a la agilidad de su pluma unía la de sus piernas. Se había formado en la escuela de Stanley, y, como éste, iba en busca de una especie de Livingstone a quien el afán de aventuras había conducido, al corazón del Africa, a la busca de un codiciado tesoro que se suponía enterrado en aquellos parajes.

Su acompañante era un árabe, codicioso y valiente, que no hacía muy buenas migas con ciertos nativos de Kenya y Tanganika, de raza negra, indómitos y pendencieros. Ahmet era tan noble como batallador, y cuando se ponía al servicio de alguien, aunque este fuese un **rumi**, era capaz de derramar por él hasta la última gota de sangre... sobre todo, si pagaba en dólares.

De pronto, oyóse la voz, un poco acongojada, de Bango:

—**Uzu guvani kapani...** — exclamó.

—¿Rezas o me echas alguna maldición, caja de betún vista con lentes de aumento? — Exclamó Tekin.

Ahmet intervino.

—Dice que hay peligro... Espere un momento, señor Tekin, ¿Qué pasa, Bango?

El negro comenzó a gimotear.

—**Amuyo... Amuyo...**

—¡Qué se te lleven los diablos con esa condenada jerga! — chilló Tekin, cada vez más excitado. — ¿Qué ocurre?

—Parémonos — terció Ahmet —. Dice Bango que ha visto cuervos.

—¿Y **amuyo** quiere decir cuervos?

—Exactamente.

—Antes que aprender los dialectos africanos, Ahmet, prefería estudiar el japonés. Ahora, que no me hace mucha gracia la presencia por estos andurriales de semejantes animaluchos.

Y, diciendo estas palabras, Tekin se echó la carabina a la cara. El árabe le detuvo con un gesto.

—Déjelos estar. No vale la pena de disparar sobre ellos. Acerquémonos, que ahí veo dos negros. ¿Qué pasa?

Por toda respuesta, Ahmet designó unos matorrales tras de los cuales emergían las testas de dos nativos. Los tres hombres dieron unos pasos y el espectáculo que se ofreció ante sus ojos les llenó de espanto.

En el fondo de un barranco, horriblemente mutilados, yacían los cuerpos, destrozados a picotazos, de un hombre, una mujer y una criatura cuyo sexo era indefinible a primera vista, por tener el rostro casi completamente deshecho.

—*Utima gopa mia* — dijo uno de los negros.

—*Kapa kapa tunta* — añadió el segundo.

Ahmet se apresuró a hacer de intérprete, a fin de calmar la impaciencia de su jefe.

—Dicen que debe hacer ya tiempo que estos seres murieron.

Tekin se agachó y examinó detenidamente los cadáveres.

—Esta gente han sido seguramente asesinados por gentes del Mau-Mau. Su muerte data ya de hace algún tiempo. La forma en que se han ensañado los cuervos nos permite concebir bien pocas esperanzas de descubrir quiénes son los criminales.
¡Calla, Ahmet! Aquí hay una carta.

Era una carpeta grande de papel, tela, arrugada, llena de sangre y con abundantes manchas de fango. De haber empleado su autor un sobre corriente, con toda seguridad hubiese llegado en estado indescifrable a las manos de Tekin.

Rasgó la envoltura con un cuchillo y apareció un pliego, en cuyo interior hallábase otro sobre, de papel corriente y menor tamaño, cerrado. La dirección rezaba: «Señor Kamil Zincin Sir-kedvi. Calle Mayor, número 16, Estambul».

—Cuando yo era joven — dijo Tekin — había oído cantar una canción española cuyo estribillo decía: «Y allá en Constanti-nopla cuando el viento sopla», pero me parece que malos vientos van a correr para el destinatario de esta carta. Quiera Dios que no sean de todos modos, tan malos como los que han soplado para estos desgraciados. Veamos lo que dice esta nota.

La letra, temblona e irregular, dejaba adivinar que el mensaje había sido escrito en momentos de verdadera angustia. Los párrafos quedaban interrumpidos a cada momento. Con emoción fácilmente comprensible, Tekin leyó:

«No sé si podré llegar a escribir esta carta. Los salvajes nos tienen cercados, a mí, a mi mujer y a mi hijo. Sólo Dios puede, con su bondad infinita, hacernos salir con vida de este lugar espantoso. Que El nos proteja...»

Tekin guardó la misiva en el bolsillo. Después, contempló el otro sobre y lo retuvo unos minutos en sus manos, con aire de vacilación.

—No va usted a abrir esa carta, ¿verdad? —dijo Ahmet.
El explorador sonrió.

—He visto muy bien lo que dice en el sobre, encima de la dirección. «Entréguese sin abrirla.» Por lo demás, tal indiscreción, que implicaría una imperdonable falta de respeto a la voluntad del muerto, a nada conduciría. Estoy seguro de lo que dice. Por algo soy periodista, y todos los periodistas, somos un poco detectives.

—¿Qué es lo que supone usted que dice?

Tekin puso la mano sobre el hombro de Ahmet.

—Cuando vine yo aquí en busca de este hombre —porque a este hombre era a quien yo buscaba, y desgraciadamente he llegado tarde para poderle socorrer— sabía muy bien su identidad y el motivo de su viaje a estas inhóspitas tierras. Cómo y por qué lo supe, sería una historia muy larga de contar, pero que no tendrá ningún inconveniente, mi fiel Ahmet, en explicarle un día. Este hombre vino aquí en compañía de sus familiares, a quienes por cierto un elemental sentido de prudencia aconsejaba no mezclar en semejante aventura, buscando el escondrijo de un tesoro. La carta va dirigida a su hermano. Estoy seguro de que ha descubierto lo que se proponía, y que por eso ha sido muerto por los elementos del Mau-Mau. Por consiguiente, cambio radical en el programa. Decía yo hace media hora que mi propósito era permanecer aquí un par de meses. Pues, bien, mañana mismo saldremos para Nairobi. Le dejaré a usted dinero suficiente para que pueda vivir durante mi ausencia, sin comprometer sus servicios con ninguna otra persona. Un avión me llevará al Cairo, y de allí partiré para Estambul. Tengo necesidad de hacer entrega de esta carta a su destinatario.

—Siento mucho perder, aunque sea por poco tiempo, su agradable compañía.

—Gracias, Ahmet. Yo también le echaré a faltar. He encontrado en usted al colaborador leal, noble y aguerrido, que sabe servir a quien le paga más por la amistad que por el dinero. Quizá, esta adhesión a mi persona, le proporcione más ganancias de las que suponía en un principio. El tesoro es muy importante, y, si usted me ayuda a buscarlo, yo sabré remunerar en justicia la colaboración que me ha estado prestando y que no dudo seguirá prestándose en el futuro.

—Gracias, señor Tekin.

—Pues, ya terminada aquí momentáneamente nuestra misión, vámonos al poblado, y prepare usted allí las cosas de manera que, lo más rápidamente posible, pueda yo trasladarme a Nairobi.

II

Por la ventana que permitía divisar en toda su belleza el Cuerno de Oro, Kamil Zincin Sirkedvi, acaudalado negociante de Estambul, contemplaba el ir y venir de los buques de carga a través de los Dardanelos. El timbre del teléfono sonaba a cada instante, y Kamil contestaba distraídamente a las llamadas con buenas frases repletas de monotonía: «Higos de Esmirna, doscientos cincuenta kurus... Miel de Chipre, primera clase, seiscientos veintiocho kurus... Vino de Grecia, doce grados, blanco, escasez en el mercado...» Su secretaria le presentaba a cada momento volantes y otros documentos, que firmaba casi sin mirar lo que eran.

Kamil estaba muy preocupado.

Hacía mucho tiempo que no recibía noticias de su hermano, embarcado en una aventura que él juzgaba ilusoria, pero que le estaba costando bastante dinero. Con frecuencia recibía cartas o telegramas desde Nairobi, pidiendo dinero y asegurando que sus trabajos iban por buen camino... Y he aquí que hacía ya muchos días que el correo y el telégrafo habían enmudecido, como si a su hermano le hubiese tragadó la tierra.

Dos discretos toques a la puerta vinieron a arrancarle de su ensimismamiento.

—¡Adelante!

Era su ordenanza, que llevaba en la mano una tarjeta. Kamil la tomó, leyó su contenido y luego, displicentemente:

—Dígale usted que estoy muy ocupado.

El empleado saludó respetuosamente, dió media vuelta y salió del despacho. La secretaria de Kamil curioseó:

—¿Quién era?

—Un periodista norteamericano, Ketin... o Tekin... no me acuerdo exactamente.

—¿Y, qué quería?

—Según unas líneas que había trazado en la tarjeta, hablar conmigo de un asunto de gran interés para mí.

—¿Y no le ha querido usted recibir?

—No.

—¿Está usted malhumorado?

—Bastante, señorita, pero no tanto para dejar de recibir a cualquier persona, si realmente tiene que hablarme de un asunto de importancia. Pero a mí, ningún periodista vendrá a comprarme dátiles de Berbería, ni esencia de rosas, ni a proponerme de compra de tejidos baratos, sino a hacerme una serie de preguntas sobre las posibilidades de incrementación del comercio entre su Patria y la mía. A mí, que no me vengan con problemas de Economía política, que para eso están los gobernantes. No siento afán exhibicionista y me seduce muy poco la vanidad estúpida de que mi retrato aparezca en ningún rotativo, por importante que sea, encima de unas declaraciones mías.

El ordenanza volvió a llamar a la puerta. Obtenida la venia del jefe, anunció:

—El señor Tekin insiste en verle. Dice que aunque en su tarjeta diga **Periodista**, no se trata de ningún asunto informativo, sino de algo particular de usted, que le interesa en gran manera.

Kamil vaciló un momento. Finalmente, se decidió:

—¿Qué haría usted, señorita? — preguntó a su secretaria.

—Yo le recibiría. Los periodistas y los periódicos no siempre mienten.

—Bien. Le haré pasar. Pero si eso que ha dicho es una araucia para llegar hasta mí, y me empieza con preguntas de índole económica, usted misma, señorita, con buenos modales,

pero con esa inflexibilidad que sabe desplegar cuando me viene a ver algún pelma, se encargará de ponerlo de patitas en la calle.

Momentos después, Tekin hacía su entrada en el despacho de Kamil.

—¿Es el señor Kamil Zircin Sirkedci a quien tengo el honor de saludar?

—Servidor de usted — repuso con cierta acritud el interpelado —. ¿Qué deseaba usted?

Por toda respuesta, Tekin echó mano al bolsillo e hizo entrega de la carta a su interlocutor, diciéndole:

—¿Conoce usted esta letra?

Avidamente, transfigurado por la impaciencia, Kamil rasgó el sobre y leyó la carta. Su rostro palideció intensamente. Se llevó la diestra al pulso, sosteniéndose la cabeza durante algunos segundos, luego preguntó, con indecible angustia:

—¿Y, qué ha sido del autor de esta carta y de su familia?

—Han muerto, señor.

El rostro de Kamil se crispó. Luego dijo, sencillamente:

—Era mi hermano.

—Siento haber venido de tan lejos para comunicarle, de buenas a primeras y sin preparación alguna, tan dolorosa noticia. Fuí yo quien hallé su cadáver y el de su esposa. Por eso he venido a ver a usted.

—La noticia me causa profundo dolor, pero no me sorprende. Es más: tenía el presentimiento de ella. ¿Sabe usted lo que mi hermano Kabía ido a hacer a la jungla africana?

—Sí, señor. A buscar un tesoro.

—Y, ¿sabe usted si lo encontró?

—Tengo la convicción absoluta de ello. Juraría que está escondida la fortuna en la Montaña de la Muerte.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Le doy mi palabra de honor de que no he abierto esa carta, pero abrigo la certeza de que lo dice.

Kamil abrió desmedidamente los ojos.

—Entonces — preguntó — ¿Cómo lo ha sabido?

—Por intuición, señor. Los periodistas somos todos un poco detectives.

—Así es, en efecto. Sus presunciones son ciertas. No sé cómo dar a usted las gracias por haber venido de tan lejos a darme esta noticia, que por muy infiusta que sea, prefiero saber a ignorarla. Si en algo puedo ser útil...

Tekin sacó la pitillera del bolsillo, ofreció un cigarrillo a su interlocutor y luego:

—Supongo que a usted le interesará entrar en posesión del tesoro.

—¿Por qué medios? A mí me es imposible desplazarme al África, abandonando mis negocios... Por otra parte, yo no soy explorador, ni hombre de lucha...

—¿Está usted dispuesto a consentir que yo vaya en su busca?

—Conoce usted aquellos parajes?

—He residido en ellos y cuento con buenos y fieles guías.

—¿Y no le da a usted miedo ese Mau-Mau de mal agüero?

—He hecho la segunda guerra mundial, y le aseguro que, aunque no soy cobarde, me dan más miedo los hombres que se dicen civilizados que los salvajes.

Kamil contempló fijamente a Tekin.

—Si usted, que me parece un hombre decidido, quiere acompañarme, rectifico mi anterior opinión, y estoy dispuesto a que salgamos ambos de expedición, siempre y cuando, naturalmente, cuente con personal adicto y eficiente.

—De eso, puede usted estar completamente seguro, ya se lo he dicho antes.

—Entonces, voy a tomar inmediatamente mis disposiciones para emprender la marcha. Señor Kamil, perdón que le deje, pero dicen que al hierro caliente, batir de repente. Mañana mismo volveré a verle, y creo que tendré ya bastante camino adelantado.

III

Al día siguiente, y avisado telefónicamente, un negociante de mucha envergadura, llamado Cenfik, se entrevistaba con Kamil Tekin cuidó de hacer las presentaciones:

—El señor Zircin, legítimo heredero del buscador del tesoro de que le he hablado. El señor Tevfik, gran hombre de negocios, y propietario de una flotilla de aviones.

Los dos hombres cambiaron apretones de manos.

—Para llevar a cabo la empresa que acaba de proponerme mi amigo Tekin — comenzó diciendo Tevfik — es necesario no regatear medios. Puedo poner a disposición de usted, señor Zircin, y de mi amigo Tekin, los aparatos más rápidos y seguros, y tripulados por los mejores pilotos. Todo esto, naturalmente, entraña un riesgo no despreciable, y unos gastos bastante onerosos. Además, yo no puedo actuar sólo, puesto que tengo socios en mi empresa. Por lo tanto, como hombre de negocios, debo plantear las cosas claramente. ¿Está usted dispuesto, señor Zircin, en caso de que la expedición tenga éxito, a darme una participación sobre el valor del tesoro? Excuse usted la franqueza, que no es sino hija de mi lealtad de hombre de negocios recto y honesto.

—Yo también — repuso Zircin — soy un hombre de negocios, y la argumentación de ustedes me parece perfectamente lógica. Es más: no creo necesario decirles que, una vez resueltos

los detalles de la marcha, me hubiese apresurado a indicarles que, desde luego, consideraba que debían tener una participación en el rescate del tesoro y que dejaba a su discreción la fijación del tanto por ciento.

—No puede usted ser más razonable — repuso Tevfik —, ni sus palabras pueden haber sido pronunciadas con mayor oportunidad. Precisamente, acaba de llegar una de mis co-asociadas La señorita Necla, intrépida aviadora, a quien no asusta entrar en lucha contra el Mau-Mau y contra todo lo que se presente.

Zircin y Tekin se inclinaron. Necla, una joven muy simpática y decidida, les tendió cordialmente la mano.

—Buenos días, señorita.

—Encantada de conocerles, señores.

—Tenemos un trabajo muy bueno para emprender. De mucho riesgo, pero de gran rendimiento. Se trata, nada menos, que de ir a Tanganyka, en busca de un tesoro que se halla oculto en una cueva de la Montaña de la Muerte. Si no damos con él, perderemos todo cuanto hayamos arriesgado.

—¿Nuestras cabezas inclusive? — sonrió Necla, como quien no sólo no se arredra ante el peligro, sino que se complace en ir en su busca.

—Podría ser que alguna flecha envenenada le estropease a usted un poco la permanente, linda señorita — exclamó Tekin —. Pero si regresa con los bucles intactos y portadora del tesoro, le aseguro que va a tener con qué comprarse un avión que fuercce la barrera del sonido.

—¿Y cuándo vamos a partir — preguntó Necla.

—En cuanto nos reunamos con Aziz. Aziz Basmaci, un excelente tirador, a quien gusta horrores cazar leones, pero a quien no desagrada, tampoco, ganar mucho dinero. Tomaremos un avión de línea, y de Estambul iremos al Cairo, donde nuestros aviones nos llevarán a Jartum y de allí a Tanganyka, siguiendo el río.

—Y al final, se encuentra el tesoro, ¿verdad? — interrogó Necla —. ¡Magnífico! ¡Cómo nos vamos a divertir Aziz y yo! ¡Ya estoy viendo que caza un tigre y me regala la piel para que me lo ponga como alfombra a los pies de mi cama!

Horas después, Zircin, Tekin y Tevfik se reunían con Aziz Basmaci. Era un hombre muy decidido, que según decía, no podía ir al África porque en cuanto lo sabían los leones, echaban a correr como gamos. Necla estaba loca de contenta. Según afirmaba a quien quería oírla, su ilusión máxima era ir a hacer una excursión por el África salvaje. Y ello debía ser verdad, porque días después, cuando volaban sobre la jungla y pudo con los prismáticos distinguir las primeras cebras, palmoteó con la alegría de una niña que visita un parque Zoológico.

—¡Qué bonitas! — exclamó —. ¡Qué sutiles! ¡Qué línea más armoniosa tienen!

Pero Aziz, que no soñaba más que con leones y panteras, le replicó con el tono fanfarrón que hubiese empleado un marseillés de pura cepa!

—¡Bah! ¡Eso no es nada! ¡Mientras no se me pongan a tiro dos docenas de hienas, no podré decir que empiezo a gozar de las emociones de la aventura.

—Pero — insistió Necla — ¿no le cautiva a usted la esbeltez de las cebras?

—¿Las cebras? Eso no es nada — afirmó Aziz Basmaci —. Parecen asnillos que se hayan sentado sobre un banco recién pintado.

IV

Si dos amigos, durante algún tiempo separados por millares de kilómetros, se han abrazado alguna vez con verdadera efusión, fué seguramente cuando Tekin volvió a reunirse con su fiel Ahmet, que le había estado esperando en el poblado, seguro de que su amo no faltaría a la palabra dada. Con profusión de detalles, narró a los presentes las peripecias de las exploraciones que habían hecho juntos, y la forma como habían descubierto los cadáveres de la familia Zircin. Terminó reafirmando su convicción de que los datos que el muerto daba en su carta sobre el lugar del emplazamiento de la cueva del tesoro, en la Montaña de la Muerte, eran ciertos, añadiendo:

—Pero, de todos, modos, la ruta está erizada de peligros.

Tevfik se echó a reír.

—No tenga usted miedo, Ahmet. ¿Se llama usted Ahmet, verdad?

—Ahmet es mi nombre racial, pero los negros me llaman Kunto.

—Pues bien, amigo Ahmet, o amigo Kunto, como mejor le parezca. Aunque la ruta esté erizada de peligros, aquí hemos traído un refuerzo, llamado Aziz, Aziz Basmaci, que es una especie de Tartarín de Tarascón forrado de marsellés. Si le escucha usted, ha matado más leones que pulgas un presidiario.

En aquel momento, llegaba el negro Bango.

—¡Hola, Bango! — exclamó Ahmet —. Necesitamos de tus servicios.

—Kunto poder mandar a Bango.

—Tienes que preparar vituallas para una expedición muy larga... Y todas las demás cosas que se necesitan en esos casos. Desde luego, Bango, te lo pagarán bien.

—Bango hacer todo lo que mandarle Kunto y preparar mucha comida y mucha agua para que hombres blancos no pasar hambre ni sed. Comprendido. Bango, bueno preparar en seguida esas cosas.

—Y, sobre todo, no tener miedo, Bango — añadió Ahmet —. Tenemos que internarnos en lugares muy peligrosos donde abundan las fieras y los hombres del Mau-Mau.

—Bango tener más miedo a cocodrilos y más miedo a leones y más miedo a tigres. Pero tener más miedo a hombres malos del Mau-Mau que querer matar a hombres blancos que venir aquí y pagarnos bien y darnos sal y telas y pomada y ginebra, que ser tan buena.

—Bueno — terció Tevfik —. Supongo que debes querer decir que tienes más miedo a los hombres del Mau-Mau que a las fieras, ¿verdad? Lo has hecho de una manera un poco confusa, pero me parece haberlo entendido así. ¿Y por qué te dan tanto miedo los hombres del Mau-Mau?

—Porque cortar cabezas de blancos buenos y pasearlas después por los poblados clavadas en una pica.

—Como aperitivo para el festín que nos espera, no me parece mal — rió Necla —. Menos mal que aquí tenemos al gran Aziz Basmaci, que se va a merendar a todos los Maus-Maus en menos que canta un gallo, y en premio, el Gobierno de la Gran Bretaña le va a regalar toda una leonera. Ahora que, a lo mejor, el cóktel ese que nos ha anunciado Bango, se le atraganta y, como consecuencia, le falla la puntería. ¡He visto tantos hombres que presumen de valientes en los salones de té o en las pistas de tenis y a la hora de la verdad resultan más cobardes que una gallina enjaulada!

Al cabo de dos días, la expedición se había puesto en marcha,

equipada abundantemente y flaqueada por guías expertos, de raza árabe, que Ahmet había escogido entre los mejores. A Necla, acostumbrada a desafiar huracanes pilotando aviones ultra-rápidos, aquello le parecía un país de ensueño. Todavía no se habían encontrado en un solo instante de peligro y ningún animal peligroso se había interpuesto en su camino. Aziz aseguraba con la mayor buena fe que su disgusto era grande, pues temía que las balas se le oxidasen en el cargador.

Pero lo cierto es que cuando acampaban para hacer noche bajo el abrigo de algún árbol, Aziz tenía un sueño de liebre, y se despertaba con inusitada frecuencia, echando mano al fusil. A cada momento se imaginaba verse atacado por tigres, leones, elefantes y cocodrilos, y bien a las claras se veía que le causaba un terror pánico el pensar tan sólo en ellos, a pesar de las bravatas de que alardeaba.

Un monito que le hizo un insignificante arañazo le causó un miedo atroz. Una serpiente inofensiva que se arrastraba a cuatro metros de distancia, le hizo palidecer y temblar como si tuviese tercianas, porque la confundió con una víbora. Y cierta vez que Ahmet roncaba como un bendito, Aziz Basmeci se puso en pie, lanzando alaridos de terror, pues había confundido el ronquido del árabe, con el rugido de un león.

Necla empezaba a tomarle el pejo.

—Me han asegurado — decíale — que en la región donde nos vamos a internar hoy abundan mucho los tigres.

—Me echo la carabina a la cara, y en pocos minutos, los hago correr a todos a refugiarse en la selva.

—No tendrá usted tiempo, porque cuando los tigres atacan, como están aliados con las moscas tsé-tsé, vienen éstas, le pican en la nariz, y le desvíjan la puntería.

—¡Bah! ¡Eso no tiene importancia ninguna! Les doy un manotazo, y asunto concluído.

—No, porque antes de que tenga usted tiempo de eso, vienen las serpientes de cascabel, se le arrollan a los brazos y a las piernas y le impiden disparar y correr. Sin contar con que hacen tanto ruido, que le dejan a usted sordo.

—Me río de todo eso.

—Espérese, Aziz, que no he terminado. Después de todo este programa, aparece en escena un magnífico elefante, con una trompa como aquellas que cogen los marseleses cuando se han bebido seis o siete copas de «patis», le coge elegantemente por la cintura y le deposita en el río, a los pies, o mejor dicho, en las fauces de un cocodrilo en ayunas que tiene más hambre que yo ganas de verle a usted metido en harina con eso de matar tantas fieras.

—¿No me cree usted capaz de hacer frente a tantos peligros, Necle? Pues, le aseguro que como ocurra eso, se va a quedar maravillada de la sangre fría, el aplomo y la serenidad con que yo afronto las grandes amenazas. Mire usted, una vez...

—¿Me va usted a contar uno de ladrones?

—No, señorita. De fieras, que es mi especialidad.

—Cuente, cuente. Precisamente me hace mucha falta reír, porque las chicas que no se ríen, se les hacen muy pronto arrugas en la cara.

—Pues, verá. Un día, iba de caza. Sale un tigre, le apunto, hago fuego, el animal cae herido mortalmente, le arranco la piel, y me la echo al cuello.

—No está mal la proeza.

—Eso no es nada con lo que vino después. Al cabo de un rato, me tropiezo con una pantera. Le apunto, la mato, la desuello, me echo la piel al cuello...

—No me parece muy elegante llevar bufanda, y menos en estos parajes, pero, en fin, siga usted.

—En estas, veo venir un elefante. Me echo la carabina al cuello, le disparo, cae muerto y...

Aquí Necle no se pudo contener.

—¡Si le arranca usted la piel y se la echa al cuello, palabra que le tiro a la cabeza el primer objeto que me venga a mano!

Desde aquel día, Aziz Basmaci hubo de renunciar a su papel de Tartarín en el África.

V

Lejos se hallaban Tekin y Zircin de suponer que contra ellos se iba tejiendo una abominable conspiración. El jefe de la misma era un hombre que hasta entonces había observado una conducta leal, pero a quien la codicia iba a convertir en un traidor.

Este hombre no era otro que Ahmet.

Cuando se enteró, debido a la excesiva nobleza de Tekin, que la finalidad de la expedición era el rescate del tesoro, concibió un proyecto, tan audaz como criminal, y para ello se puso de acuerdo con dos de los componentes de la expedición, a quienes había contratado por orden de Tekin, quien había depositado equivocadamente confianza en Ahmet.

Llamábanse éstos Vasif y Nejat y ya habían actuado en otras expediciones juntamente con Ahmet. He aquí la conversación que se desarrolló entre los tres compinches, cierta noche que habían acampado a orillas del río a fin de descansar unas horas y reemprender de nuevo la marcha:

—Qué tipos más extraños son esos hombres que nos han contratado, Ahmet. ¿Les conoces?

—Sólo a uno, Vasif.

—¿Quién es?

—Tekin. Trabajé con él una temporada. Después, bruscamente, partió para Europa, con encargo de que le esperase a su

regreso, pues teníamos que llevar a cabo una labor muy importante.

—¿Y ese Kamil Zircin — preguntó entonces — de dónde ha salido?

—No lo sé — contestó Ahmet —. Ha llegado con Tekin, y creo que buscan un tesoro.

—¿Un tesoro?

—Un tesoro importantísimo que costó la vida a dos personas. De mis averiguaciones, resulta que, según parece, se halla oculto en una cueva de la Montaña de la Muerte.

—Ya me suponía yo que habían venido para algo que debía representarles mucho dinero. No se viene aquí en avión con tanta gente para ir a descubrir un árbol gigante o el cubil de una fiera cualquiera.

—Ya os explicaré con detalle los pormenores del asunto — continuó diciendo Ahmet —. Este explorador, Tekin, contrató mis servicios hace algún tiempo, y tengo que decir, en honor a la verdad, que no me los pagó mal. Incluso, cuando nos separamos para marcharse él a Europa, me dijo que no me comprometiera con nadie hasta su regreso, y entregó una cantidad de dinero más que suficiente para atender a mi sustento y demás gastos durante el tiempo que durara su ausencia.

Vasif y Nejat escuchaban con avidez las palabras de Ahmet.

—En este asunto, es seguro de que se ventilan muchos misterios. Ya os explicaré lo que ocurrió. Oye, Bango: ven aquí. ¿Te acuerdas del esqueleto que encontramos en safari?

—Bango acordarse. Habérselo comido los cuervos. Estar casi deshecho. Y al lado, haber más huesos, y mucha carne carcomida. Y haber una carta encima de uno de los muertos. Hombre blanco explorador coger carta...

—Y dentro de la carta — siguió diciendo Ahmet — encontré un papel y otro pliego, cerrado, dirigido a un tal Kamil, no sé cuantos... que me creo es ese Zircin que ha venido con Tekin. El pliego llevaba encima la indicación de que debía ser entregado al destinatario sin abrirlo antes ninguna persona. Seguramente en esa carta estaba indicado el lugar del escondrijo.

—Entonces — preguntó Nejat — ¿esa gente ha venido en busca del tesoro?

—Indudable. Y cuando vienen con exploradores, aviones y toda la pesca, es que se trata de algo que tiene mucha importancia. Y el canalla de Tekin, que si no hubiese sido por mí, en su cochina vida da con el cadáver, sin ofrecerme a mí ni una giesta de participación en el asunto. ¿Vosotros consideráis que eso es justo?

—Cuando se trata de cometer algún acto delictivo, es mucho más fácil ponerse de acuerdo que cuando se trata de hacer un bien.

—¡Naturalmente que no! — contestaron al unísono Vasif y Nejat —. Y si esa gente no quiere hacerlo de grado, tendrá que hacerlo por fuerza.

Ahmet tendió a sus compinches la mano de la traición:

—Bien hablado, chicos. ¡Vengan esos cinco. De momento, hagamos todos lo que ellos nos digan, pero en cuanto se haya descubierto el tesoro, a una señal mía ¡manos a la obra!

El silencio se hizo de nuevo en el campamento. Rechinando los dientes de odio, los tres traidores se durmieron. Esperaban la hora de su venganza. La venganza es el placer de los dioses. Pero no el de Dios.

La expedición llegó por fin a las Rocas de Mutiya, donde se hallaba enclavada la llamada Montaña de la Muerte. Guiándose por un plano que estaba groseramente dibujado en la carta que el muerto había dirigido a su hermano Kamil Zircin, comenzaron las rebuscas, las cuales debían permanecer infructuosas durante largo tiempo.

No es muy fácil dar con un escondrijo, cuando las indicaciones han sido hechas del modo toso que tiene que hacerlas un hombre, por mucha presencia de ánimo que tenga, cuando se encuentra al borde de un peligro insoslayable.

Pero Tekin, y esto lo había demostrado en el transcurso de numerosas exploraciones que llevaba realizadas, no era hombre que se arredrara a la primera. Le espoleaban tres cosas: su fervido deseo de que no se malograse el esfuerzo de aquel hombre a quien no había visto nunca sino cadáver, el éxito periodístico

que en su lejana patria obtendría con la publicación del relato de sus peripecias, y el atractivo, no despreciable, de una fortuna que podía ponerle a cubierto de muchas contingencias de la vida.

Y así, con indomable tenacidad, la caravana se internaba por complicados vericuetos, avanzaba, retrocedía, descansaba y se lanzaba de nuevo a la búsqueda, en medio de los grandes peligros que ofrecían aquellas tierras donde pululaban cocodrilos, elefantes y serpientes venenosas, que tenían asustadísimo al bueno de Aziz Basmaci.

Cuando veía un cocodrilo, sobre todo, su pánico hacía erizarse los pelos. Bien es verdad que su terror no era del todo infundado, porque las especies de estos anfibios que infestan aquellas corrientes acuáticas, son de las más peligrosas y hasta los mismos negros aluden su presencia con un respeto como si fuesen animales sagrados. El paso de los ríos no ofrecería dificultad alguna si el nadador no estuviese expuesto, a cada instante, a que surja de la corriente alguno de estos repugnantes descendientes de los saurios de la prehistoria, con las fauces abiertas y dispuestas a devorar a cuantos hombres se pongan a su alcance. Por ello, los nativos llevan siempre dispuestas sus armas de defensa, que consisten en unas especies de azagayas, que clavan diestramente, a modo de arpón, en el paladar de los cocodrilos, que es la única parte de su cuerpo vulnerable a las armas blancas.

Los elefantes, en cambio, son, generalmente, buenos chicos, pero si se da uno con ellos en algún momento en que se hallan irritados, cosa que les ocurre en ciertas épocas del año, lanzan su característico grito, el berrido, y con la trompa son capaces de enlazar a un hombre y aplastarlo contra el suelo, tal como haríamos nosotros con un bicho que nos importunase.

Otra cosa ocurre con tigres y leones. A éstos, en cuanto se les ve, no hay más dilema que ocultarse o descerrajarles un tiro. Desde luego, lo último parecería lo más práctico y seguro, pero no es así, pues, caso de que se dispare sobre ellos, existe el peligro de que aparezca una manada, y el fuego de las carabinas sea insuficiente para dar buena cuenta de tan peligrosos animales.

Por ello las caravanas tienen que andar con pies de plomo, ocultándose entre la espesura de los bosques, a fin de no llamar la atención de sus enemigos, dotados de un olfato finísimo, que les hace a veces desviarse en unos instantes de su plácido camino, para lanzarse como flechas hacia el lugar donde han percibido el olor de carne humana, olor fácilmente perceptible en aquellas latitudes debido al copioso sudor que reviste los cuerpos de los exploradores, pese a las duchas que se dan frecuentemente... cuando están seguros de que el río no oculta en sus aguas ningún caimán o cocodrilo.

Y era en medio de este ambiente, repleto de angustias y zozobras, que los buscadores del tesoro avanzaban, retrocedían, se estacionaban y reemprendían la exploración, siempre pendientes de que el comienzo de la jornada les deparase la muerte o el hallazgo del codiciado botín que ya había costado varias vidas y que Dios sabía si no serían las últimas.

VI

Fué necesario atravesar el río, pues era imposible avanzar más arriba por la orilla izquierda a fin de llegar al lugar donde se suponía estaba la cueva del tesoro. Se habían explorado algunas, pero con resultado infructuoso. Para ello, se hizo necesaria la construcción de una almadia, en la que se cargaron previamente armas, municiones, comestibles y utensilios. El trabajo resultó improbo.

Primero hubo que derribar varios árboles, aserrarlós de la manera que se pudo, con las sierras de mano de que disponían los exploradores y cuyo manejo les causaba una fatiga extraordinaria. Luego, amarrar sólidamente los troncos con cables que habían llevado ya a prevención de que tal operación hubiese de realizarse, y luego, buscar un sitio donde la corriente no fuese muy rápida, a fin de impedir que la fuerza de las aguas no se llevara abajo la tosca y frágil embarcación, en cuyo caso, sabe Dios cuál hubiese sido el final de los exploradores.

Toda esta labor requirió varios días, con harta desesperación de Tekin, a quien la inacción ponía literalmente frenético. Lo más grave era que, según noticias que de tanto en tanto les llegaban a través de algunas caravanas que acertaban a pasar por su improvisado campamento, la situación era muy delicada

en aquella comarca, debido a las tropelías que los rebeldes del Mau-Mau estaban llevando a cabo.

Aziz Basmaci aseguraba que para él, luchar contra aquellos condenados negros que, según se decía, degollaban a los británicos con la misma facilidad que a un cordero, era cosa de coser y cantar, pero lo cierto era que en cuanto veía a tres o cuatro negros, aun cuando se viese a las claras que iban desarmados y abrigaban intenciones pacíficas, mudaba de color y buscaba el modo de guarecerse tras del primer árbol que encontraba, con gran regocijo de sus compañeros de aventura, y, especialmente, de la bella Necla que no dejaba nunca de tomarle concienzudamente el pelo.

Varias veces hubo escaramuzas contra bandas del Mau-Mau, cruzándose abundantes tiros, pues aquellos insurrectos iban, a veces, armados con material europeo o norteamericano. Pero nunca pudo decirse qué se había llegado a entablar una verdadera batalla.

Por fin, pudo realizarse, sin dificultad, el paso del río. Y, cosa que debió llamar la atención de Tekin y sus compañeros, pero que, desgraciadamente para ellos, les pasó inadvertida, los primeros en cruzar la orilla opuesta fueron Ahmet, Vasif y Nejat. Es verdad que los tres actuaban como guías, pero no es menos cierto que, sin saberse cómo, los dos últimos se perdieron, o, por lo menos, así lo expresaron luego, en la jungla, tardando dos horas en reunirse de nuevo con sus acompañantes.

Pretextando cansancio, los tres compinches se alejaron de Tekin y Kamil, y, así que estuvieron solos y fuera del alcance de todo oído indiscreto, comenzaron a dialogar:

—¿Has podido hablar con esa gente, Vasif?

—Sí, Ahmet. Nejat estaba conmigo, y podrá aseverar la certeza de cuanto voy a manifestarte. Me he entrevistado con dos de sus jefes. Ellos están dispuestos a ayudarnos, a fin de que el trabajo sea más fácil, porque nosotros solos no podríamos con tanta gente, sobre todo teniendo en cuenta lo bien armados que van. Se contentan con la cuarta parte del tesoro, la mitad para los jefes y la otra mitad para sus guerreros. Estamos ya de acuerdo sobre las señales que hemos de intercambiar con ellos. Desde

luego, nos seguirán a una distancia prudente, como si ellos también hubiesen de dirigirse a los montes Matiya, aunque ya sabes que, según sus creencias, no deben llegar a pisarlos, por estar considerados como sagrados.

—Bien — dijo entonces Ahmet, que había estado escuchando con la mayor atención el relato de su cómplice Vasif —. ¿Qué dices a todo eso, Nejat?

—Que tengo absoluta confianza en los hombres del Mau-Mau. Estas gentes necesitan dinero, mucho dinero, para continuar su lucha contra los ingleses, y, acostumbrados como se hallan al peligro, no retrocederán ante ninguno para conseguirlo.

Ahmet, como buen árabe, era un tanto desconfiado. Sin duda por aquello de que piensa el ladrón que todos son de su condición, preguntó después de haber reflexionado un rato:

—Todo eso que me decís está muy bien. Pero, ahora viene lo más importante, amigos. ¿Y si esa gente, que son superiores en número, y hasta casi en armamento, a nosotros, una vez nos hemos deshecho de Tekin, Asmil y compañía, que junto con Tevfik y Necla no dejarán de dar trabajo, porque son todos de pelo en pecho, nos atacan a su vez a nosotros, nos asesinan y se quedan con todo el tesoro, qué pasa?

—A nosotros nos pasa que nos vamos al otro mundo, cosa que a mí me hace muy poca gracia, Ahmet — repuso Vasif —. Ahora que, ¿ves tú algún otro procedimiento para hacernos con esa fortuna?

Fué Nejat quien tomó entonces la palabra.

—Si Vasif y yo viésemos un procedimiento para apoderarnos del tesoro sin el concurso de las gentes del Mau-Mau, sobraría el diálogo que hemos sostenido hoy con sus jefes, sobraría el haberlos mandado a nosotros a hablar con ellos, y sobraría lo que estamos diciendo ahora. Si tú, Ahmet, te consideras con fuerzas suficientes para habértelas con la gente de la expedición, yo no, y supongo que tú opinas lo mismo, ¿verdad, Vasif?

—¡Naturalmente! — repuso el interpelado.

—Yo — siguió diciendo Nejat — amo el peligro, pero no la temeridad. Me parece muy bien arriesgar la piel por una for-

tuna, pero lo que no me parece bien, es el suicidio. Y a eso nos conduciría tu disparatada manera de pensar, Ahmet.

Este se sintió irritado en su orgullo.

—Bien empleado me está por haberme aliado con gallinas y, además, con gente desgraciada. Primero, Tekin, que, sin mí, no hubiese descubierto nunca el cadáver que le puso sobre la pista del tesoro. Después vosotros, que si yo no os hubiese revelado el secreto de la expedición, a estas horas no sabréis todavía de qué se trata. Formaríais parte de un grupo de exploradores, sin tener conocimiento de la finalidad que ellos perseguían. Nuestra misión estaba limitada a ser ayudantes de guía. ¿No os pago bien?

—Con dinero de Tekin y Kamil — replicaron a una Vasif y Nejat.

—Con dinero de Tekin y Kamil, de acuerdo. Pero fuí yo quien fijé cuál había de ser vuestra remuneración. Incluso, para que lo sepáis, Tevfik la encontró elevada. ¿De qué os quejáis, entonces? ¿De qué yo os ofrezca una participación en un negocio que no podáis ni soñar?

—Un negocio que nosotros no podíamos ni soñar, Ahmet — dijo entonces Nejat con voz pausada —, pero que tú no puedes realizar sin nosotros, ni nosotros sin el Mau-Mau.

Nejat terció entonces, reconciliador.

—Me parece, Ahmet, que estás un poco ofuscado. De ti partió, a lo menos en principio, la idea de entrevistarnos con los jefes del Mau-Mau, a ninguno de los cuales, por lo menos, conocías suficientemente para poderle plantear el asunto. Dices que esa gente se van a llevar, digámolo así, si te parece, la parte del león. Y puede que esto sea así. Pero tú no te has dado cuenta, seguramente, de una cosa. Y supongamos, que también es mucho suponer, su éxito. Y ya tienes a las embajadas norteamericanas y turcas interesándose, en vista de la desaparición de Tekin, Zircin, Tevfik y Necla, interesando su busca. ¿Sobre quién recaerán las sospechas? Sobre nosotros, Ahmet, y muy fundadamente, y, de un modo especial, sobre ti, que conocías a Tekin desde hace largo tiempo. ¿Qué querrías hacer, entonces? ¿Echarle la culpa al Mau-Mau sin que sus hombres hubiesen

intervenido? Mal asunto, Ahmet; mal asunto, porque habría coartadas dificilísimas, si no imposibles, de probar. Mientras que, llevando a cabo el negocio de la manera que hemos proyectado, no me parece muy fácil que nadie pueda demostrar nuestra complicidad con el Mau-Mau, que se llevará las culpas de todo.

Ahmet estuvo un rato pensativo. Después, tendió la mano a sus cómplices:

—Tal vez tengáis razón y yo haya estado un poco ofuscado. Pero, de todos modos, tener que dar tanto dinero a esa gente... Al fin y al cabo, no sólo lo decía por mi propio egoísmo, sino porque, de ser nosotros tres los que efectuáramos la faena, nos hubiese tocado a más...

Y, en prueba de que todos permanecían fieles al pacto, los tres criminales escanciaron unos vasos de ginebra.

VII

A la vista de los exploradores se hallaban las laderas de la Montaña de la Muerte. El calor, aquel día, era verdaderamente tórrido. Los negros sudaban espantosamente e inclinaban su espalda bajo la tortura de los pesados fardos que tenían que transportar. La marcha tenía que hacerse a ritmo lentísimo, y cada media hora se hacía indispensable hacer alto para tomar un poco de descanso.

De todos los blancos, la más animosa era Necla. Aseguraba que aquello era una especie de baño turco, y que estaba segura de que no tendría que ponerse a régimen para adelgazar, pues aquella marcha y la correspondiente transpiración le haría adelgazar por lo menos un par de kilos.

—¡Qué dicha! — decíale a Aziz Balmaci —. ¡Voy a poder comer mantequilla y pasteles sin restricción de ninguna clase! Crea que nada más por ese placer valía la pena de venir a este condenado rincón de África donde veo que todavía no se le ha puesto a tiro ningún león.

—Espere que venga uno. Ya estoy impaciente por verlo. ¡Ay, qué susto!

Necla echóse a reír mostrando una doble y perfectísima hilera de dientes blancos y regulares.

El motivo de la risa de la aviadora estaba más que justifi-

cado. Un monito, no mayor que un gato, acababa de saltar juguetonamente sobre el hombro izquierdo de Aziz Basmaci, al dejarse caer de lo alto de las ramas de un copudo árbol.

Aziz sudaba, a consecuencia de la tórrida temperatura, pero esta vez, no sudó, sinó que se quedó frío. Enjugóse la frente en un pañuelo y, luego, exhalando un hondo suspiro de satisfacción, como quien sale de una pesadilla, confesó ingenuamente:

—Mi palabra de honor que me había creído que era el zarzal de un tigre!

Y luego, añadió:

—¡Figúrese si hubiese sido horrible que me hubiese matado a traición, cuando yo me he enfrentado cara a cara con centenares de ellos, y a todos los he despachado para el otro mundo!

La caravana comenzaba a enfilar un sendero al final del cual se veía una ancha caverna.

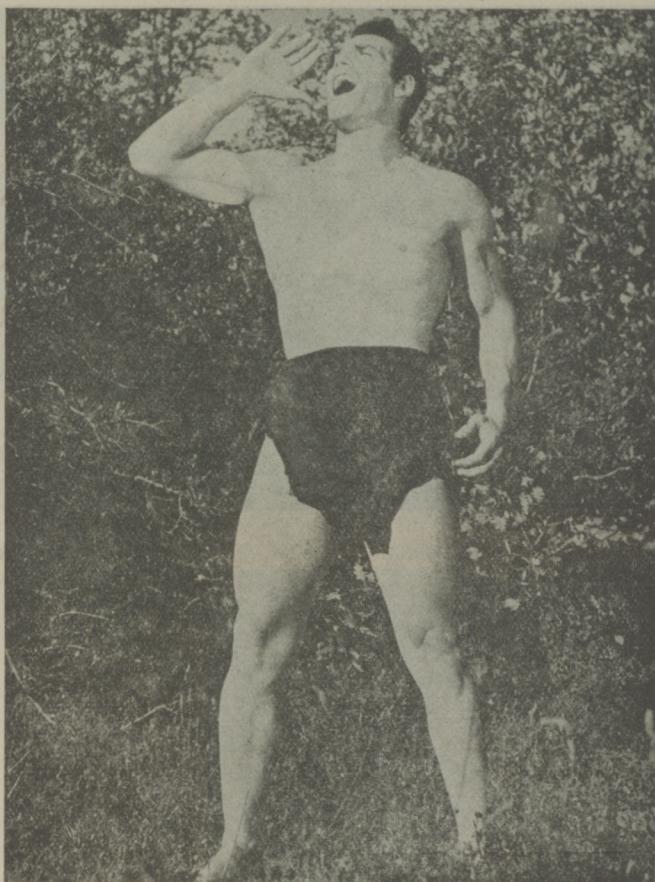
—Si el plano no está equivocado, con toda seguridad, el tesoro se halla aquí — decía Tekin —. Desde luego, podemos equivocarnos, porque hay varios caminos que desembocan en cuevas como ésta. Pero no sé por qué me da la coronada de que hemos descubierto, finalmente, el escondite. ¿Dónde está Ahmet?

Tevlik y Zircin miraron entorno suyo. En todo lo que abarcaba su vista, no apercibieron a Ahmet. Ni a Vasif y Nejat, que habían desaparecido por encanto.

¿Por qué, en aquellos momentos, se detuvieron todos, como ante el dintel de la puerta de un templo el creyente suspende su marcha, respetuosamente? ¿Emoción? ¿Sensación de un peligro inminente que podía cernirse sobre sus cabezas? Nadie de ellos lo supo. Lo cierto es que en aquel momento oyóse una voz inarticulada, algo así como un grito de un simio, pero que tenía intensos reflejos de sentimiento humano. Casi al mismo tiempo, una nube de flechas cayó sobre los expedicionarios.

—¡Cuernos! — exclamó Tekin —. ¿De dónde sale esto? ¿Habremos caído en una emboscada?

Y se echó resueltamente el fusil a la cara. Sus acompañan-



El grito de Tarzán resonó a través de la selva.

se soltó que al
descubrir su nombre
entendió que no iba
a ser atacado el día 25



—¡El tesoro es nues-
tro! — exclamó Necla.



La expedición se
puso en marcha con
dirección a la Monta-
ña de la Muerte.



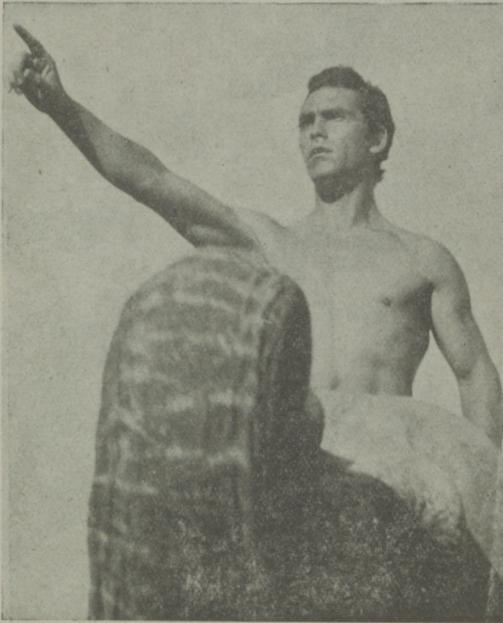
En la selva abundaban los elefantes, gigantescos, aun cuando casi siempre, mansos.



Los expedicionarios aprestáronse a hacer frente a la agresión.



Los buscadores del tesoro se defendieron de la agresión haciendo uso de sus potentes carabinas.



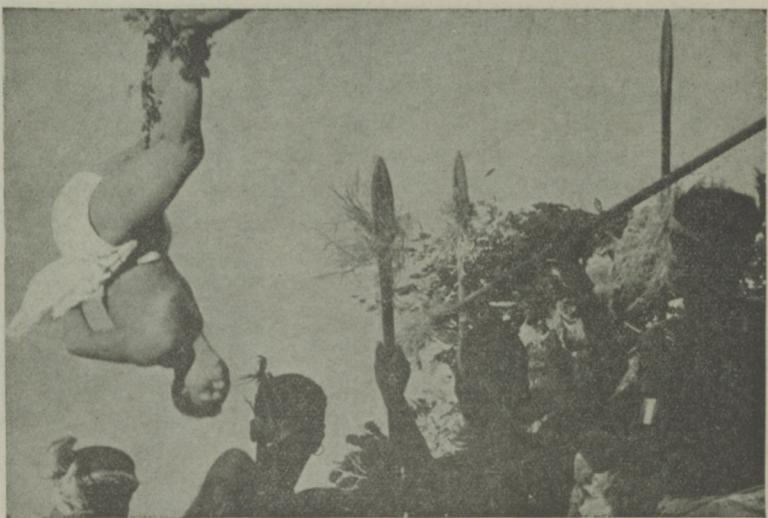
La apolínea silueta de Tarzán se dibujó a lo lejos.



Tarzán, que estaba familiarizado con los elefantes, montó en uno de ellos para correr en socorro de sus amigos.



— ¡Peligro! — avisó Tarzán a sus amigos.



Tarzán cayó sobre
los salvajes cuando
estos estuvieron des-
previnidos.



Tarzán dió un salto
y se internó en la
selva.



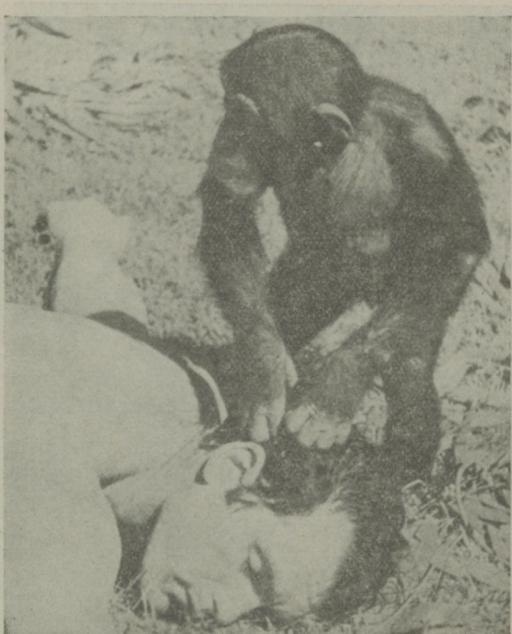
En uno de los ataques contra el Mau Mau, Tevfik resultó herido.



Tarzán se asió a la trompa del elefante.



Chita, que no podía
reprimir su dolor, mi-
raba con rencor a
Tarzán.



Chita, que siempre
olfateaba el peligro,
despertó a su amigo.

tes hicieron lo propio, sin excepción alguna y hay que hacer constar que la más resuelta fué Necla, que no quedó manca, ni muchísimo menos, agotando sus cartuchos en pocos minutos.

Oyérонse gritos en la espesura, y no tardó en poderse observar a un grupo de negros que huía precipitadamente.

—El escarmiento ha sido gordo — dijo Aziz Basmaci con aire de triunfo.

Por toda respuesta, Necla se apoderó de su fusil.

—Pero no será por usted. ¡Atiza! ¡Si no ha disparado ni un solo tiro! ¿Tanto temblaba usted que no ha podido hacer funcionar el gatillo?

Aziz contempla a Necla con aire ofendido.

—¿Temblar, yo? ¿Quién ha visto eso? Lo que es que a mí no me gusta desperdiciar los cartuchos, y cuando yo iba a hacer fuego, ya estaban fuera del alcance de mis disparos. Es natural. ¡Con todo y saber que Aziz Basmaci, el mejor cazador de leones que han conocido los tiempos, estaba aquí, ya les ha faltado tiempo para echar a correr.

Nuevamente se dejó escuchar aquella voz lejana, medio humana, medio simiesca.

—Esa voz... — murmuró Tevfik. Esa voz... ¿De quién debe ser esa voz, mister Tekin?

El periodista se rascó la barbilla, gesto habitual en él.

—No sé de quién es esa voz — replicó al cabo de un rato de vacilación —. Pero, en todo caso, démosle las gracias, porque a ella hemos debido, probablemente, nuestra salvación.

VIII

Y el tesoro estaba allí.

Encerrado en una tosca caja de hierro, cuya tapa saltó a los primeros golpes que sobre ella descargó Tevfik, dejó deslumbrado con el reflejo multicolor de las piedras preciosas que contenía a todos los exploradores. No sólo había verdaderos montoncitos de brillantes, sino rubíes, esmeraldas, zafiros, perlas, amatistas... Todo aquello debía valer millones...

—Los suficientes para poder huir de estas malditas tierras — pensaba Ahmet, que, sin que se supiese cómo, había reaparecido en escena.

—¿Cuánto estima usted, aproximadamente, señor Tekin — preguntó entonces Kamil Zircin—, que valen estas gemas?

—Amigo — replicó el periodista, con tono jovial—. No soy perito en la materia. Eso de valorar las piedras preciosas a montones, sólo sabe hacerlo el Aga-Khan, que se hace pesar con brillantes una vez al año. Pero, en fin, ponga usted de quince a veinte millones de dólares, que al cambio actual deben representar billones de kurus.

—Doy las gracias a todos — dijo con voz conmovida Kamil—. A todos, que han desafiado infinidad de peligros, pero especialmente, y que nadie se ofenda porque yo pongo de relieve

ve el valor de su intervención, al señor Tekin, sin el cual este tesoro no hubiese sido nunca probablemente rescatado.

—Perdone — intervino entonces Aziz Basmaci—. Pero la gloria de que se haya podido llevar a cabo este rescate, me corresponde a mí. Si las fieras y las gentes del Mau-Mau no hubiesen sabido que yo, el mejor de los tiradores de arma larga de los cinco continentes, estaba aquí..., a ver si hubiesen ustedes podido llegar aquí vivos.

De los labios de Necla salió una fresca, sonora, inmensa carcajada que corearon de buen grado todos los expedicionarios.

—Y ahora — añadió Zircin — vamos á buscar un reposo bien ganado. Desde luego, no hay que pensar en regresar en seguida a Nairobi. Hemos de descansar unos días de las fatigas de la exploración... especialmente nuestro amigo Basmaci. Busquemos un lugar a propósito para acampar, y hagamos cada uno de nosotros planes para el futuro, a fin de ver cómo vamos a invertir este dinero que, realmente, puede decirse que nos ha caído del cielo.

Así se hizo. Media hora más tarde, elegido el lugar de descanso, todos se abandonaban a la delicia de un reposo bien ganado.

La hora de Ahmet había llegado.

De los presentes, nadie se había dado cuenta de la desaparición de Vasif y Nejat, menos el árabe, que estaba en el secreto de su ausencia.

—Hemos de esperar una señal de Kunto — decía Nejat —. Y en cuanto nos la haga, actuar con rapidez y energía. Tenemos que dar cuenta de gente que no tiene un pelo de tonta.

—Me parece — contestó Vasif — que viene por aquí.

—Así era, pero no iba solo. Le seguían más de cincuenta negros, muy bien armados, que avanzaban cautelosamente, dispuestos a caer sobre los descubridores del tesoro...

Y entonces aquella voz semihumana volvió a resonar en la espesura:

—**Acami miya higi...**

Sobre la maleza se recortó una figura humana. Tarzán, bello como Apolo, seguido de su inseparable mona «Chita», hizo

su aparición en escena y se lanzó decididamente contra los salvajes.

Fué una escena épica. El huérfano de la selva arremetió duramente contra los negros. Tan pronto uno rodaba por el suelo, como otro, que se disponía a lanzarse sobre Tarzán, era dominado por los brazos férreos de éste. Los expedicionarios, llamada su atención por la inesperada aparición del hombre mono, echaron mano a sus carabinas y dispararon contra el enemigo, que huyó apresuradamente. Media hora más tarde, todo estaba en calma.

Necla, en un impulso irresistible, se lanzó en brazos de Tarzán y estrechó su cuerpo hercúleo contra el suyo, suave y frágil.

—Me has salvado la vida... ¿Cómo te llamas?

—Tarzán — repuso él —. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Necla.

—Necla... — repitió el atleta, con una voz de ensueño...

Mientras tanto, en un rincón, Tekin luchaba a brazo partido con Ahmet, cuya traición había descubierto.

Los dos hombres, encorajinados, se agredían con saña. Ahmet era robusto y ágil, pero Tekin reunía excepcionales condiciones para la pelea. Sus puños, endurecidos en el ejercicio del boxeo, que había practicado en sus mocedades, martilleaban literalmente al traidor, que, tras enconada lucha en la que nadie se atrevió a intervenir, cayó al suelo, con el rostro lleno de sangre.

¡Canalla! — repetía Tekin mientras le aporreaba de lo lindo —. ¡Canalla! ¿Ese es el pago que me has dado por lo bien que te he tratado? ¡Vendernos al Mau-Mau! ¡Miserable! ¡Puerco!

Pero Ahmet tenía una serenidad y un cinismo pasmosos.

—Tekin — le dijo' —, no olvide usted que, aunque crea lo contrario, está en poder nuestro. Sin nosotros, no sabrá nunca salir de aquí. Sólo Nejat, Vasif y yo, que somos expertos, podemos conducirles hasta Nairobi. Es cosa de tomarlo o dejarlo.

Y, como si no aguardaran otra cosa para actuar, Vasif y

Nejat, provistos de sendas pistolas ametralladoras, le encañonaron.

—Hace un momento, dudaba si contentarme con una participación importante del tesoro — gritó Vasif —. Ahora, si quiere usted y los suyos que les dejemos vivos y les guiemos hasta Nairobi, nos lo tienen que dar todo. De otro modo, huiremos y, de un modo indefectible, caerán en manos de gentes del Mau-Mau.

Pero Tekin dió un brinco e hizo entonces algo extraordinario.

Sus dos manos cayeron sobre los rostros de los dos traidores. A uno, le hizo caer el arma de la mano. Al otro, le arrebató la suya. Y entonces, empuñando la carabina, gritó con voz de trueno:

—¡A obedecernos todos y guiarnos hasta Nairobi, o bien os voy a saltar a todos la tapa de los sesos.

Esta vez, repuestos de la sorpresa, ni Zircin, ni Tevfik permanecieron inactivos. El primero se encargó de Ahmet, y el segundo de Vasif, que en breve espacio de tiempo fueron amarrados sólidamente. En cuanto a Ahmet, ya suficientemente castigado, y, por consiguiente, en la imposibilidad de reaccionar, no pudo oponer resistencia alguna a que Tekin hiciera con él lo propio que sus dos compañeros habían hecho con sus compinches.

—Habéis sido idiotas — exclamó entonces el jefe de la expedición —. Abrigábamos la intención, dada la importancia del tesoro, de daros una participación pequeña, pero que os hubiese hecho relativamente ricos.

—Coincido con sus afirmaciones, Tevfik — replicó Tekin — y era propósito tanto mío como del señor Zircin de hacerlo así.

Fué entonces cuando Aziz Basmaci hizo su aparición en escena.

—Con que — dijo — a obedecer y a callar. A guiarnos por buenos senderos, o sino... ya sabéis que os las tendréis que entender con el mejor cazador de leones que ha visitado el centro de África.

Una carcajada inmensa resonó en el bosque.

—¡Cuernos — dijo Tekin —. ¡Es verdad que tenemos aquí al hombre más intrépido de la tierra! Pero que... oiga usted, amigo, ¿se puede saber dónde se ha metido usted durante todo este fregado que no le hemos oído decir oste ni moste hasta ahora?

IX

No era cosa de ensañarse con el vencido. En primer lugar, por espíritu de justicia, y en segundo, por propia conveniencia. Efectivamente, no andaban muy lejos de la verdad Ahmet, Vafis y Nejat cuando afirmaban que sin ellos sería muy difícil a los exploradores salir de aquel lugar y llegar hasta Nairobi. Naturalmente que la salvación de éstos sin los guías no era una cosa imposible, pero sí muy difícil, y que, además, les dejaba a merced de las gentes del Mau-Mau, con quienes habían tenido ya que combatir, y que, orientados por los tres criminales, habían demostrado ser bastante más peligrosos de lo que se creía.

—Kamil, que era quien menos discusiones había tenido con ellos, se creyó en el caso de llevar a cabo una especie de intervención diplomática.

—Si me prometéis que no vais a intentar ninguna otra felonía, yo os doy mi palabra de que no se os hará nada, y que se os dejará en Nairobi con dinero suficiente para que podáis esperar unos días a colocaros de nuevo a las órdenes de cualquiera otra persona o grupo de ellas. Es más: sin que mis compañeros lo sepan, yo os daré algún dinero, conformándome con que mi participación en el hallazgo del tesoro sea más reducida. Pero, andad con cuidado. Ya veis que soy noble y bueno,

quizá demasiado bueno, más como intentéis algo otra vez contra nosotros, os aseguro que, aunque nos tengamos que pudrir en esta tierra durante todo el resto de nuestras respectivas vidas, os salto a todos la tapa de los sesos.

...Y cuando todos, pasados aquellos graves momentos de peligro, creyeron que podían entregarse tranquilamente a un merecido descanso, y se miraron los unos a los otros, se dieron cuenta de que, durante la dura refriega, una de las personas que componían la expedición había desaparecido.

Era Necla.

La noticia alarmó a todos los conquistadores del tesoro, pero de un modo especial a Tekin. No ignoraba que Tevfik, el jefe de la expedición y socio de la joven aviadora, había concebido por ella una violenta pasión, no correspondida, y que había occasionado escenas violentísimas entre ambos, hasta el punto de que en cierta ocasión en que Tevfik quiso proposarse aprovechando la oportunidad de creerse solo con ella, el periodista-explorador había tenido que intervenir y dar a Tevfik una dura lección de caballerosidad.

¿Quién podía haber raptado a Necla?

¿Las gentes del Mau-Mau? No era muy verosímil. No podían saber por Ahmet, Vasif ni Nejat que tenía cuantiosos intereses en la empresa, puesto que este detalle era sólo conocido de Zircin y Tekin.

¿Un chimpancé gigante? ¡Bah! Aunque ello no es imposible, esos casos abundan más en la ardiente imaginación de los novelistas de aventuras que en la realidad.

¿Atacada súbitamente por una gigantesca boa que la hubiese asfixiado sin darle tiempo a demandar auxilio? Los que conocen el África Central y saben de lo que son capaces estas repugnantes y dañinas serpientes no se hubiesen extrañado de ello y quizás hubiesen aceptado esta hipótesis como la más verosímil.

No son raros los casos, en efecto, en que uno de estos peligrosísimos reptiles se acercan cautelosamente a su presunta víctima, se arrollan a su cuello o a su cintura y con la presión de sus músculos llegan a hacerles crujir los huesos. ¡Y es tan

difícil precaverse contra ellas! El suelo está siempre cubierto por ramas de árbol ¡y es tan fácil que entre ellas se halle una serpiente y los exploradores no se den cuenta de su presencia!

Los conquistadores del tesoro se reunieron inmediatamente en una especie de consejo de guerra. Fué Tevfik, en su calidad de jefe de la expedición, quien tomó la palabra:

—Tenemos que hacer lo imposible para dar con el paradero de Necla — dijo —. Es deber nuestro rescatarla si aún vive, sea como sea. Y conste que al hablar así...

Y miró de reojo a Tekin.

—Tevfik — dijo el periodista —, no hablemos de cosas pasadas, que todos nos hemos olvidado ya de ellas. Quizá con usted fuí un poco duro... y con ello no hago ningún juego de palabras por los tortazos que nos propinamos, lo que luego no nos ha impedido reconciliarnos y continuar siendo, como antes, buenos amigos. Su interés en salvar a Necla, si aún estamos a tiempo, le honra, acreditándole como un perfecto caballero. Yo, por mi parte, le afirmo con toda la solemnidad de que me sabe usted capaz, de que haré todo cuanto esté a mi alcance para lograr este propósito, aunque tenga que correr más peligros, si cabe, que los que en compañía de ustedes he desafiado.

—Tekin, muy bien hablado — repuso Tevfik, que, al fin y al cabo, aunque cegado por la pasión se hubiese portado con Necla en cierta ocasión de un modo un poco grosero, era una buena persona —. Déme la mano, que es usted todo un carácter. Sean en el futuro las que fueren mis relaciones con Necla, no sabe usted hasta qué punto llegará mi agradecimiento si me ayuda a salvarla.

Los dos hombres se estrecharon la mano. Luego le tocó el turno a hablar a Zircin.

—Necla es una muchacha aguerrida y valiente, y su voluntad no ha desmayado en los instantes más críticos de nuestra aventura. Por ello suscribo, de todo corazón, las palabras de mis amigos Tekin y Tevfik, y me pongo a su disposición para cooperar, en la medida de mis fuerzas, a la empresa de volverla con nosotros.

Tekin quiso poner una nota humorística en aquellos mo-

mentos graves a fin de desarrugar el ceño de los expedicionarios harto contrariados por el percance ocurrido, y dijo a Aziz Basmaci:

—A usted no le digo nada, porque, claro, su tarea es matar leones y no ir a salvar muchachas indefensas...

Basmaci comprendió la pulla y sonrió con un gesto agrio. Empezaba a darse cuenta de que, desde el primer momento, había estado haciendo el más espantoso de los ridículos.

X.

En un rincón intrincado de la selva, que difícilmente hubiese podido descubrir el guía más experto, Tarzán, apolineo, elegante, contemplaba su presa con infantil alegría.

Nunca se había sentido tan feliz como entonces. Tenía junto a él algo tan bello, tan atractivo, tan lleno de encanto, que sentía arrobase, embelesado, extasiado, contemplando con sus ojos carentes de pecado, como los de un perro fiel, a la bella mujer que estaba a su lado.

Pero si el gozo de Tarzán, inexperto en las lides amorosas, era inefable, había otro ser junto a ellos a quien la presencia de Necla había puesto fuera de sus casillas.

Era la mona Chita.

La rabia que había cogido no era para descrita. ¡Ahí es nada! ¡Ella, la fiel e inseparable compañera de su buen Tarzán, verse postergada, suplantada, arrinconada, por aquella chituela que se pintaba los labios y se depilaba las cejas. ¡Ella, que no tenía otro refinamiento que el de bañarse dos o tres veces cada día en el río, desafiando a los cocodrilos! ¡Uf, qué asquito! ¡Tarzán dar sus preferencias a una mujer, y, para colmo de ironía, a una mujer civilizada!

Tarzán se dió cuenta de ello y acarició dulcemente a Chita como quien dice: «¡No tengas celos, mona!». Esta dejó caer

entonces un coco que tenía agarrado con sus manos y que corría peligro de que su dueña, crispada de rabia, lo arrojara a la bella y ondulada cabecita de Necla.

Tarzán partió el coco en dos y ofreció a Necla la riquísima agua que contenía. Chita contempló a la joven con envidia y luego, en señal de desprecio, le hizo la mayor ofensa que saben hacer los monos cuando se enfadan: volverse de espaldas mostrándole cierta parte carnosa del cuerpo que, entre otras cosas, es muy útil para sentarse.

Pero la joven aviadora rechazó el presente.

—No, Tarzán — dijo —. Beber, no.

El hombre-mono la contempló con una mirada infinitamente triste. Se volvió sin decir nada, trepó a una palmera, arrancó un puñado de sabrosísimos dátiles y los presentó a la muchacha, diciéndole:

—¿Comer, sí?

—No — replicó Necla —. Comer, no.

—¿Comer, tampoco?

—No. Comer, tampoco.

—Comer, tampoco... — repitió amargamente Tarzán. Y, con voz angustiosa, como quien teme la respuesta, por saber anticipadamente cuál ha de ser, añadió —: Entonces... ¿qué?

—Marchar — repuso Necla, desdeñosamente.

—Marchar... — repitió Tarzán tristemente.

En su bello rostro aparecieron unas lágrimas. Era la primera vez que Chita le veía llorar. Y aunque en el rostro de la mona brillaba alegría al ver el desdén que mostraba la joven para con Tarzán, no pudo menos que compadecer a su pobre compañero, que lloraba como un niño bueno y juicioso a quien un travieso compañero de juegos hubiese roto su juguete preferido.

VI

Alegria en el bosque, en el que acaban de aparecer los conquistadores del tesoro, llenos de gozo por haber descubierto el lugar donde se hallaba Necla. Júbilo de la aviadora, que al fin, se ve devuelta a su mundo. Y dicha infinita de la mona Chita, que, hembra al fin, no se ve de contenta al saberse desembaraizada de su peligrosa rival.

Los expedicionarios destapan termos en los que llevan champán helado, y brindan profusamente en celebración de la liberación de Necla. Hasta Chita, en el delirio del triunfo sobre la bella civilizada, prueba la espumante bebida, y la encuentra más dulce y sabrosa que el agua de coco.

Sólo hay un ser que no participa de la general alegría. Y es, precisamente, aquél a quien todos deberán, precisamente, su vida y su fortuna: Tarzán.

Se ha separado del grupo, y contempla ensimismado la selva, donde se ocultan las alimañas más peligrosas, pero contra las cuales ha podido triunfar siempre que ha luchado.

Necla comprende su tragedia. Coge una copa, la llena de champán, y, silenciosamente, se dirige hacia el amo de la selva.

—Tarzán... — le dice con voz dulcísima, poniéndole la diestra sobre el hombro —. Bebe.

El contacto de la manecita de la aviadora produce en Tarzán

el efecto de un escalofrío. ¡Qué dulce, qué suave, qué acariciadora es, sobre todo si la compara con la garra peluda de Chita! Pero, varón al fin, se contiene y cuando Necla le ofrece el champán, rehusa con un gesto.

—No — dice —. Beber, no.

Necla sonríe. Sus labios sensuales, un poco abultados, se posan en el borde de la copa, dejándolos levemente teñidos de carmín. Entonces, ofrécesela de nuevo a Tarzán, y con voz mímica y prometedora, susurra al oído del bello coloso:

—¿Y ahora?



Un avión gigante, de los últimos y más perfeccionados modelos, volaba pausadamente sobre Estambul.

Descendió lentamente sobre el aeródromo, se posó suavemente sobre él, y de su interior fueron saliendo Tekin, Zircin, Tevfik y Basmaci. Este último iba cargado con una enorme jaula, en la que gemía la pobre Chita, que había pasado una noche de perros con su bautismo del aire, y venía con una rabietas que no podían calmar ni los cacahuétes que le daba Zircin, ni las caricias que le hacía Tarzán, ni los mimos de Necla que juraba y perjuraba, sin poder convencer a la mona, que por fuerza tenían que terminar siendo buenas amigas.

Cuando Basmaci pisó el aeródromo, las primeras palabras que dijo a los amigos que iban a recibir a los triunfantes expedicionarios, fueron éstas:

—¡Si Chita pudiera hablar! Ella os diría las proezas que he realizado durante mi estancia en África. ¿Leones? A docenas. ¿Tigres? A porrillo. ¿Elefantes? Por toneladas. ¿Cocodrilos? Tantos como ustedes quieran.

—¿Y los mató usted a todos?

—¡Dios me libre! ¿No comprenden ustedes que si hubiese matado a todos los que se pusieron a mi alcance, se habría extinguido la raza?

Tekin se apresuró a hacer la primera remesa de su reportaje sobre la expedición, que le valió un éxito extraordinario.

entre los lectores de su periódico. Desde luego, el hallazgo casi milagroso de Tarzán y su valiosa intervención en la lucha contra los guerreros del Mau-Mau constituyeron el plato fuerte de la información. Sobre todo, la resistencia de Tarzán a partir y dejar su África querida, aunque ello fuese a trueque de percibir una cuantiosa fortuna, los esfuerzos que hubieron de hacer para convencerlo, como accedió únicamente con la condición expresa de que en su viaje le acompañara la celosa y graciosa Chita, y la influencia decisiva que sobre él ejerció Necla, la bella aviadora, cuando pidió a su raptor que se fuese con ella. Confirmándose con esto una vez más el viejo adagio que afirma que lo que mujer quiere, Dios lo quiere.

Una tarde, paseaban ambos por los muelles del Bósforo. Tarzán contemplaba fijamente las aguas que bañan el estrecho de los Dardanelos.

—¿Qué miras, Tarzán? — preguntó Necla.

—Tarzán siente no haya cocodrilos en estas aguas.

—¿Para qué?

—Para matar uno y ofrecérselo a Necla, en prueba de su cariño.

Ella le hizo un mimo delicioso.

—¿Qué necesidad tienes de exponer tu vida? Esta tarde, si quieras, iremos a los bazares. Y me comprarás uno, convertido en bolso y zapatos de tacón alto...

FIN

ADVENTURAS DE TARZÁN

Colección de emocionantes novelas por EDGAR
RICE BURROUGHS. Once volúmenes de más de
300 páginas, de 20x13 cms.

- I. Tarzán de los monos
- II. El regreso de Tarzán
- III. Las fieras de Tarzán
- IV. El hijo de Tarzán
- V. El tesoro de Tarzán
- VI. Tarzán en la selva
- VII. Tarzán el indómito
- VIII. Tarzán el terrible
- IX. Tarzán y el león de oro
- X. Tarzán entre pigmeos
- XI. Tarzán el gran jeque

Editorial Gustavo Gili, S. A.

Enrique Granados, 45

BARCELONA

